

CITA CON EL VERDADERO JAZZ




ELLA y DUKE

LOS CAMPEONES DE LA "HOT MUSIC"

LA vida musical española atraviesa una época de atonía general. Puede decirse que sólo en Barcelona encuentra el aficionado una respuesta a sus inquietudes musicales. Y en la Ciudad Condal ha sido donde dos figuras fundamentales de la historia del jazz han actuado por primera vez en España: en efecto, Duke Ellington con su orquesta, y Ella Fitzgerald es la primera vez que nos visitan. La expectación era obligada y, a pesar del elevado precio de las localidades —seiscientas pesetas butaca—, el Palacio de la Música barcelonés se llenó por completo durante las dos sesiones en que esos gigantes del jazz actuaron. Una noticia de agencia, refiriéndose a este acontecimiento le calificaba como «la máxima jornada de jazz que hasta ahora se había registrado en Barcelona». No es exagerado el comentario, si se tiene en cuenta que Ella y Duke, junto a Louis Armstrong y quizá algún otro constituyen las jerarquías absolutas del mundo del jazz.

SIGUE



Dos gigantes de la música de jazz,
Duke Ellington y Ella Fitzgerald,
han actuado juntos. Un magnífico concierto.
Durante más de treinta años,
Ella y Duke han permanecido como
figuras indiscutibles de la «hot music».
Los dos, junto a Louis Armstrong
y algún otro, constituyen el jazz...



Duke Ellington durante su actuación en el Palacio de la Música barcelonés. Su gran orquesta es, posiblemente, la mejor en estos momentos del mundo del jazz.

Nacido en Washington el 29 de abril de 1899, Duke Ellington, al contrario que la mayoría de sus colegas, tuvo una infancia feliz, en el seno de una familia acomodada. Esto le permitió recibir una adecuada y progresiva enseñanza musical. Su primera formación orquestal data de 1918: los «Washingtonians». Duke Ellington, a lo largo de los años, sería fiel a los componentes de su conjunto: ha habido alteraciones en los solistas, pero no tan frecuentes como en otras «big bands» y, sobre todo, la poderosa personalidad de Duke ha sabido ensamblar a los diferentes solistas para lograr un sonido característico y propio. Puede decirse que en el transcurso de treinta años no ha habido más de seis o siete cambios de verdadera importancia. Por ejemplo, el saxo barítono que ha actuado en Barcelona, Harry Carney, forma parte de la orquesta de Ellington desde 1926...

Los aficionados al jazz conocen los cuatro estilos característicos de Duke Ellington: el «estilo de la selva», el «mood style», el «estilo concertante» y el «estilo standard». Nadie ha podido igualar al gran Duke, pero muchos han tratado

de imitarle sin fortuna: Ferde Grofé, el célebrísimo compositor de la «Suite del Gran Cañón» acudía a las sesiones de la orquesta de Duke con la sana intención de captar algunos de sus sonidos característicos. A los pocos días confesó desalentado: «No se le puede robar nada». Ellington exigía el máximo de sus solistas, pero sabía integrar sus actuaciones en un todo armónico. Como arreglador ha marcado toda una época de la historia del jazz. Pero esos arreglos no se hacían a la manera usual, composición y escritura en el pentagrama: Ellington, como buen jazzman, sabía conservar en este proceso la característica esencial del jazz: la improvisación. El crítico e historiador francés Hugues Panassié describe así uno de esos «arreglos orales»: «Duke Ellington, al piano, toca para sus músicos el plan general de la obra. A continuación indica a los trompetas las frases que les corresponden; ellos, gracias a su oído y a la gran retentiva propia de los músicos de jazz, captan inmediatamente las frases dictadas por su director, tanto en el aspecto melódico cuanto en el armónico. Luego, Duke toca para los trombones, primero, y para los saxofones,

después, su papel de sostén durante la frase de la trompeta. Antes de seguir adelante se hace, de memoria, la prueba de este fragmento; si Duke queda satisfecho, se pasa al siguiente; si no, indica las modificaciones pertinentes. Sus músicos participan también a las tareas del arreglo. Por ejemplo, un trompeta puede proponer una transformación en su frase, o la adición de otra frase complementaria. Si la idea gusta a Duke, queda aceptada. Así pues, bastantes de los arreglos de la orquesta son creación colectiva, aunque pertenezca a Duke la parte más importante». Efectivamente, el instrumento de Ellington no es el piano —que él toca como solista—, es su orquesta entera; sus ideas musicales sólo pueden expresarse a través de este complejo conjunto. He aquí las estrellas de la orquesta de Ellington que actuaron en el Palacio de la Música: Cootie Williams, trompeta —para quien Duke compuso el «Concerto for Cootie»—, nacido en Mobile (Alabama), en 1904. Entró en la orquesta para sustituir a Bubber Miley, el trompeta que utilizó por primera vez la sordina «wa-wa», timbre característico de la orquesta del washingtoniano; Cat An-

derson, nacido en Carolina del Sur en 1916. De 1944 a 1947 estuvo en la orquesta de Ellington. Reingresó en 1951. Trompeta especialista del registro superagudo; Harry Carney, nacido en Boston en 1910. El único gran solista de saxo barítono —instrumento difícilísimo de tocar— de toda la historia del jazz. El más antiguo componente de la orquesta; Johnny Hodges, nacido en Cambridge (Massachusetts) en 1907. Saxo alto o soprano, seguidor en un principio del estilo Bechet; Paul Gonsalves, nacido en Massachusetts en 1920. Saxo tenor en la línea del fabuloso Coleman Hawkins; Lawrence Brown, brillante virtuoso del trombón. En este instrumento, Ellington tuvo en su orquesta a Juan Tizol, autor del famosísimo «Caravan».

Y en la segunda parte de la sesión del Palacio de la Música, la inimitable Ella Fitzgerald, la campeona del «scat song», la «Única». Nunca habían actuado juntos Duke y Ella, aunque habían grabado varios discos. Los espectadores barceloneses han podido presenciar esta «ensemble» explosiva, que ha sido posible gracias al talento del promotor americano Norman Grantz, representante exclusivo de Ella, Duke y del pianista Oscar Peterson. El caso de Ella es similar al de Ellington en cuanto lleva treinta años convertida en primera figura del mundo del jazz. Pero si a propósito de Ellington algunos exigentes han podido hablar de decadencia hacia los años cincuenta, nadie ha puesto en tela de juicio la calidad de esta asombrosa cantante, heredera de «Ma» Rainey, Bessie Smith y Billie Holiday. Pero la Fitzgerald es mucho más que una extraordinaria cantante: su voz puede alcanzar los registros más insospechados, e incluso suplir con ventaja el sonido de un instrumento. Nacida en Virginia en 1918, fue descubierta en 1934 por el bateño negro Chick Webb en un concurso para aficionados. El premio consistía en un breve contrato con la orquesta de Webb. Pero Ella se hizo en poco tiempo la estrella del conjunto. Su poderosa personalidad estaba creada desde el primer momento; y no ha perdido aquella fabulosa ingenuidad de sus dieciséis años. Evidentemente, su estilo ha evolucionado a lo largo de los años, pero Ella sigue conservando aquella simplicidad de sus comienzos. Intérprete de los grandes compositores americanos —Cole Porter, Irving Berlin, Jerome Kern, George Gershwin—, ha sabido transmitir a millones de personas durante más de un cuarto de siglo la emoción y el sentimiento de que está repleta su maravillosa voz.

Barcelona ha tenido una cita con el jazz que tardará muchos años en repetirse. Los aficionados que tuvieron el privilegio de escuchar a los colosos de la «hot music» podrán enorgullecerse de haber oído «en caliente» a la mejor orquesta de jazz del momento y a la insuperable Ella. Los discos, por muy buenos que sean —y son excelentes— no podrán suplir esta confrontación personal.

J. G. D.

(Fotos de T. TAYLOR-CAMERA PRESS
CIFRA Y ARCHIVO)



La maravillosa voz de Ella Fitzgerald puede alcanzar los registros más insospechados, pero siempre sabe transmitir gran emotividad a la canción.

ELLA y DUKE

